



En el verano de 1917, las niñas Elsie "Iris" Wright y su prima Frances "Alice" Griffiths afirmaron haber fotografiado algunas hadas detrás de su casa en Cottingley, cerca de Bradford, Inglaterra. Esas fotografías se convirtieron pronto en el más famoso ejemplo de manipulación de imágenes. "Alice" fue probablemente el nombre dado a Frances por Sir Arthur Conan Doyle como una forma de ocultar sus identidades cuando las fotografías fueron publicadas. Aunque Elsie admitió más tarde que las fotografías eran falsificaciones, Frances era más reticente. Hasta el día de su muerte afirmó que, en efecto, habían visto hadas, y que al menos una de las fotografías era genuina. (Fotografía: SSPL / Getty Images)



Radiografía de un instante que no fue

Ramón Castillo

LAS ÓRDENES PREVIAS SON RUTINARIAS: levante el mentón; gire un poco más la cabeza; sonría directo al ojo miope de la cámara. Lo que no es común es el aparato, pues éste abre el diafragma más allá del espacio y extiende su mirada hacia el tiempo. Luego, cuando el condensador ha llegado a la temperatura adecuada, tiene lugar un estruendo feroz. La luz corta el aire, avanza como un bisturí que disecciona fielmente todos los detalles y en su recorrido describe la anatomía de infinitas duraciones. La explosión electrifica cada partícula, presente y pasada, y devela su coexistencia simultánea con meticulosidad quirúrgica. El resultado es, algunos lo han sugerido, similar a darle la vuelta a la realidad, cual si fuera un guante cuyo interior nadie hubiera imaginado descubrir.

En el momento en el que Ray Dodgson, el creador de este artefacto, tuvo la peregrina idea de fotografiar lo que no existe, la ocurrencia fue, y con justa razón, descartada por inverosímil. No obstante, atento a la ironía que tal calificativo señalaba, su empeño aumentó. Dodgson estaba convencido de que los mayores logros de la civilización han afianzado su valía mediante la táctica de eludir las reglas del juicio ordinario. De esta manera, sirviéndose de los principios más elementales de la física de partículas y la literatura fantástica, logró dar con el mecanismo esencial para elaborar imágenes de aquello que pudo, pero no llegó a ser, instantáneas que además resultaron ser poseedoras de una sugerente y terrible belleza.

Una doble premisa sostenía la lógica detrás del invento. Por un lado, si cada paso recorrido hacia un punto descarta cualquier otra alternativa, el camino dejado tras de nosotros es, como lo entendió Borges, una sucesión de bifurcaciones que se abren, inagotables, en rumbos que no conocen fin. Así, los fantasmas que nuestro albedrío suscita según avanzamos, dan cuerpo al reverso de lo que somos. En segundo lugar, Dodgson retomó la digresión de los filósofos que se preguntaban por qué el ser y no la nada, y dio con una respuesta asaz sencilla, aquella dicotomía era superable al asumir que no son conceptos ajenos, uno no existe sin la otra, vienen aparejados de manera similar a un doblez imperceptible, aunque necesario.

Toda existencia tiene que cargar con el espectro de lo que no es, justo como la antimateria que equilibra la relojería del universo. Los retratos de Dodgson son un atisbo a un cosmos en perenne expansión. Bajo esta óptica, una vida es una réplica del *Big Bang*, un misterio que agudiza sus asombros conforme crece, una cadena de azares plena de necesidad. A las arrugas o canas o kilos de más o manchas en la piel o tristeza en los ojos que las fotografías solían consignar, a partir del invento de Mr. Ray, se suma la arborescencia que detalla los múltiples sesgos acumulados por nuestro deambular en el mundo.

Resulta hipnótico seguir el entramado de tales instantáneas porque dicen lo que usualmente no es posible expresar, tal vez el triunfo, acaso la mayor parte sea el recuento de las derrotas, pero siempre, la amplísima gama de alternativas con las que lidiamos. Lo que se ve es un mapa de las decisiones que la persona tomó, salvo que el registro de éstas no se hace a la manera de un currículum. En lugar de hablar de aspectos positivos y concretos, la voz la tiene aquello que no ocurrió, algo

cuya elocuencia es más intensa en virtud de que se habla del auténtico trance vital. El entramado fotográfico describe, una a una, las ramas de un tronco que crece a partir de un hecho, iluminando una serie de posibilidades no contempladas o sin concretar, una enumeración prolongadísima de alternativas que fueron reducidas a meras condicionantes, un río de inagotables brazos de nombre “si hubiera”.

Cada una de las creaciones de Dodgson recuerda, tanto al fotografiado como al espectador, que estamos ineludiblemente hechos de diversos rostros, todos simultáneos y en perfecta convivencia, y también han servido para mostrarnos las vidas que guardamos en estado de potencias invisibles. Asesinos, santos, millonarios, pobres, exitosos o agraciados, enfermos, poderosos o traicioneros, no importa, al mirar las imágenes encontramos estas —y miles más— probabilidades en nuestro recorrido en tanto seres humanos. Aquel descubrimiento ha sido algo parecido a darle voz no al manso doctor Jekyll, sino al más impetuoso y salvaje Mr. Hyde que existe en nuestro interior. Sin proponérselo, este invento muestra que somos más parecidos de lo que deseamos, que compartimos el mismo e inagotable flujo de chances de ser diferentes y, en la lucha, tal afluyente se vio adelgazado en una o varias torceduras del camino.

Dodgson, que nunca estuvo acostumbrado a los reflectores, ofreció cientos de entrevistas para aclarar la técnica utilizada a fin de obtener las fotografías que lo hicieron famoso. Un grupo de detractores, los más mordaces, equipararon su labor con la charlatanería de capturar eso que los parapsicólogos describen como aura o chacras. Algo que negaba de manera rotunda nuestro científico cuántico. También, discusiones han nacido y muerto alrededor de si esto, al margen de la

ciencia, debe o no ser llamado arte. Hay quienes aseguran que sí, pues encuentran un resabio estético en aquella radiografía de los instantes que no fueron.

Incluso, han señalado un parecido con esa práctica que fue común a principios del siglo xx de crear, fotomontaje de por medio, retratos en los que el sujeto principal se encuentra rodeado de manchas blanquecinas, supuestos espíritus familiares que desean participar de un último recuerdo impreso. Esta última sugerencia resultó lo bastante seductora como para que Ray Dodgson se aventurara a decir que, efectivamente, sus fotogramas eran protagonizados por espectros —y de inmediato agregó con su habitual sentido del humor—, los fantasmas propios que nosotros debemos cargar por el resto de nuestras vidas, las visiones de lo que en apariencia renunciamos a ser.

Pese a los detractores, la maquinaria de la popularidad ya estaba en funcionamiento. Velozmente, el invento comenzó a extenderse a las competencias deportivas, lo que permitió paladear miles de posibilidades en cada segundo de cada round de cada pelea de campeonato; entre el sinfín de golpes que pudieron, pero no fueron, haber sido enviados, se encontró un número infinito de *knock outs*. Las carreras de caballos tampoco estuvieron al margen, en los hipódromos los apostadores derrotados se martirizaban al presenciar el triunfo de su corcel en una dimensión siempre distinta a la suya. Los partidos de béisbol, igual que los torneos de ajedrez, simplemente se volvieron interminables, las millones de jugadas no realizadas brillaban en el territorio del no-ser, como el perfecto reverso de un movimiento suspendido.

Igualmente, se analizaron las grandes obras de los maestros de la pintura, lo que permitió descubrir que *Las tres gracias* de Rubens poseía inagotables variaciones en las curvas, peso y tonalidades de la piel de los tres pares de nalgas ahí retratados. Entre la enumeración de los lienzos jamás ocurridos, destacó uno en el cual las féminas son delgadísimas ninfas libres de adiposidades, lo que dejó fríos a varios expertos en la obra del artista flamenco; en otro, las modelos eran, a todas luces, no las rubicundas europeas, sino doncellas de las Indias Occidentales que jugueteaban alrededor de una deidad que exigía el sacrificio de sus jóvenes almas. Los críticos del arte se quedaron anonadados al ver las otras, cientos, miles, millones de piedades que Miguel Ángel no esculpíó; ni la carcajada de la Mona Lisa que jamás bocetó Leonardo, pero que bien pudo haber resuelto en dos movimientos de la mano.

En fin, no hubo territorio que fuera ajeno a la Máquina de Dodgson, como se le comenzó a conocer tras la repentina muerte de su creador, aunque las fotografías personales mantuvieron el lugar de principal atractivo. El misterio de nosotros

mismos es, pues, un impulso superior en fuerzas a cualquier otro. Sin tardanza, un grupo de *hackers* —que en planos espaciotemporales ajenos se hubieran dedicado a la venta de hamburguesas o a ser evangelistas— creó una aplicación para que cualquiera, desde su dispositivo electrónico favorito, pudiera mirar en su amplitud la red de callejones sin salida que su existencia había tejido a lo largo de cada determinación. Pronto las redes sociales se comenzaron a llenarse con imágenes de rutas jamás tomadas, puentes que preferimos derrumbar o alternativas dejadas a la deriva. La *selfie* de lo que no somos llegó a ser *trending topic*.

Visualizar el cúmulo de vidas malogradas, lejos de inquietar a los miles de asiduos a la *Dodgson's app*, parecía darles el triste consuelo de que, en algún momento, sí tuvieron la esperanza de ser alguien distinto, mejor, más feliz y pleno. Ellos sabían o sospechaban, quizá, en qué punto se había jodido todo pero, aun así, la emoción emanada al ver aquel mapa de torceduras y pasos en falso los conmocionaba hasta las lágrimas. Abrazar la historia no contada por las fotografías otorgaba un remanso que les permitía irse tranquilos, con cierto alivio en la conciencia. Sentían que la desviación que había precipitado el sesgo de sus existencias no era culpa suya. Lo conmovedor y triste surgía cuando constataban que la miseria de su circunstancia era por completo su responsabilidad. Aquellas imágenes despertaron, en los más lúcidos, un fervor por el *amor fati*, el eterno retorno de lo mismo, una y otra vez. Denunciaron el arrobo ante el revés de las cosas y se unieron para ceñirse a sus propios e intransferibles deberes. Pronto se diluyó su movimiento.

Aún así, hoy recordamos estos fascinantes, sinuosos y repetitivos mapas multidimensionales. A simple vista, alrededor del cuerpo fotografiado, un racimo de nervosidades dilatábase similar a una inmensa fantasmagoría. Visto de cerca, aquella aglomeración estaba formada por ramificaciones compactas, sutiles y elegantes que se torcían en todos sentidos, tiempos y espacios. Los fractales guardaban, como inagotables muñecas rusas, variaciones sobre un mismo tema. A Dodgson le gustaba afirmar que más que respuestas, sus imágenes eran un recordatorio constante ¿De qué? Eso dependía de la decisión tomada, aseguró este genio al ser entrevistado después de presentar su formidable invento. Sonreía, al decir que tales creaciones eran una esperanza de que, en otra vida, bajo otras eventualidades, siguiendo un derrotero diferente, él hubiera sido un escritor de fabulosas aporías y contrasentidos.

A su manera, cada alternativa desechada es ocasión para escribir inconmensurables biografías imaginadas. Todo consistía en escoger la que uno deseara y saber que todas son posibles, si y sólo si, descartamos el fatigoso infinito. ■■■